

# Un Drama Indígena en U.S.A.

592

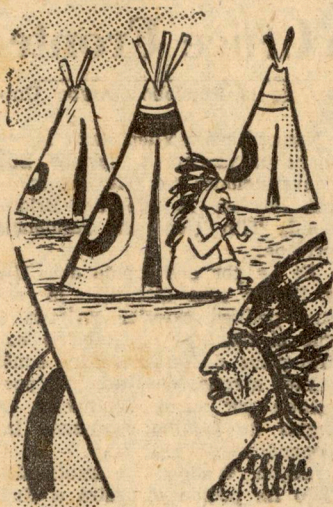
por Sebastián Salazar Bondy

Un autor francés —Miguel Droit— acaba de publicar una novela titulada "Peuple" (Pueblo) cuyo asunto revela un problema muy poco divulgado de la sociedad norteamericana actual y cuyo conocimiento bien puede servir, en el Perú y en Latinoamérica, como pauta para afrontar —si se produjera— un fenómeno semejante y, además, de mayor magnitud que el que se da en los Estados Unidos. Se trata de los habitantes de esos territorios reservados exclusivamente para indígenas, en donde los antiguos "pieles rojas" continúan viviendo conforme a sus viejas tradiciones y costumbres, dentro del mismo ambiente cultural de sus antepasados. Los blancos no pueden adquirir esas tierras ni influir de ninguna manera en los modos de vida que se desenvuelven dentro del área adjudicada a esos restos de la población autóctona. Situadas en Nueva México, esas reducciones transcurren autónomas, dedicadas a la caza y la artesanía (Recuérdese la hermosa joyería de los navajos, tan solicitada en todo el mundo).

Entre estas islas indígenas y la civilización norteamericana, pujante y poderosa, hay un límite legal. Cerca de ellas, las ciudades abren las puertas de sus escuelas modernas a los niños pertenecientes a tales comunidades. En dichos colegios, por supuesto, se les forma y educa dentro de los conocimientos más avanzados de la vida presente. Diariamente, esos chicos franquean una frontera secular: del mundo industrial electrónico al mundo de la artesanía primitiva no hay sino un viaje en autobús. He aquí la historia que cuenta el novelista: el protagonista está situado entre esos dos universos, cada cual con ventajas y desmedros, cada cual con sus virtudes y defectos. Hay un momento en que tiene que elegir entre la heredad legada por sus ancestros y la nación a la que pertenece como ciudadano. Las carpas de sus padres, de un lado, con sus tallados en madera, sus telares simples, sus maneras elementales, y la ciudad atómica de Los Alamos, al otro, con su gigantesca potencia de creación y destrucción. La raza, el espíritu, lo llaman allá; la inteligencia y la voluntad, acá. Situado ante esa alternativa, sucumbe. Se suicida, como, en verdad, muchos de los mu-

chos que al llegar al tercer año de estudios en el "high school", imposibilitados de escoger su ruta, terminan por sí mismos con su existencia.

Los norteamericanos, que antaño persiguieron con saña a los aborígenes del territorio de los Estados Unidos, han adoptado hoy una actitud respetuosa hacia la cultura de los escasos descendientes de los "pieles rojas"



de ayer, con el propósito tal vez, de desagrararlos de los vejámenes pasados y procurarles la conciencia de libertad que se halla en el fondo de la vida del pueblo yanqui actual. Pero, a redopelo, esta piedad ha terminado por ser un castigo más cruel que la guerra, porque en vez de asimilar a esas gentes a la nacionalidad, compleja por su origen y composición, las ha marginado, y les ha impuesto, especialmente a las generaciones jóvenes, la obligación ineludible de optar por ser parte de un museo estático o factor activo de una realidad dinámica.

El progreso moderno de los países latinoamericanos que poseen población indígena no es tan veloz como el de los Estados Unidos, pero se da. Junto a las comunidades tradicionales que hay en el Perú, por ejemplo, se abrirán más y más fábricas, más y más industrias, y el campo, como es la experiencia, se despoblará para ir a enriquecer la concentración urbana típica de la era de la máquina automática. ¿No se producirá en el hombre autóctono —que, por fortuna, no está reducido a cier-

tos territorios propios— un fenómeno espiritual idéntico al que noveliza Droit en su libro "Pueblo"? Entre las antiquísimas tradiciones del quechua y el nuevo ritmo de la existencia, de empuje productor cada vez más premioso, ¿no habrá ese conflicto que en el alma tendrá caracteres de crisis moral? Los etnólogos peruanos nos hablan de la transculturación, del mutuo préstamo que en nuestras ciudades (Lima, Arequipa, Huancaayo, etc), se hacen las culturas occidentales y aborígenes, las cuales, aunque lentamente, se compenetran y conforman un nuevo ser colectivo, comunal. Parece que esto es cierto. No deja de ser interesante, por eso, el testimonio del libro al que hacemos alusión, en cuyas páginas se revela un drama que, de producirse entre nosotros, sería algo más que trágico.